

ARTE E IDEAS \*

LA  
CRUZ  
DEL  
SUR

\* Montevideo 

# MAISON BLEUE

MODAS



SOMBREROS DE  
ALTA NOVEDAD  
Y DE GRAN MODA

BARTOLOMÉ MITRE, 1420.

MONTEVIDEO.

HOTEL Y RESTAURANT  
"ITALO-BALEAR"

■ ■ ■  
¡¡CANELONI A  
LA ROSSINI!!

■ ■ ■  
771-SORIANO-773

« LA PARRA »

ANEXO AL "ITALO-BALEAR"

ESPECIALIDAD EN PASTAS

BUENOS AIRES, 740

ALVAREZ & MOLINARI

JUAN CARLOS GÓMEZ, 1439

SASTRERIA

LOS MEJORES TRAJES Y  
SOBRETODOS DE MEDIDA

# LA CRUZ DEL SUR

\* REVISTA QUINCENAL DE ARTE E IDEAS \*

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

## UN GRAN DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO

EL ATENEO DE MONTEVIDEO  
O LA TUMBA DE TUTANKHAMON

No hay ninguna persona culta de Montevideo que no conozca a Mr. Larue, distinguido arqueólogo francés, individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, compañero de Mr. Maspero en su fecunda estada en Egipto y admirador y discípulo de los sabios Mr. Monge y Champollion de cuya obra es un continuador. Mr. Larue, hace un tiempo que reside en América en cumplimiento de una misión científica encomendada por su gobierno y que se refiere a investigaciones sobre los restos de la vida indígena en estos países. Días pasados, Mr. Larue, pálido y sumamente conmovido, llegó hasta nosotros.

—Señores de LA CRUZ DEL SUR, — nos dijo; — vengo a hacerles una revelación muy interesante, verdaderamente sensacional.

—Vd. dirá, monsieur, — le respondimos intrigados.

—Pues es el caso, — nos contestó, — que acabo de hacer un descubrimiento formidable.

—¿Algún crimen como el de la Rampla Wilson?

—No, mis amigos. Lo que he descubierto es una tumba en pleno Montevideo, que a juzgar por los estudios que he hecho, data de unos cincuenta o sesenta siglos atrás.

Dimos un salto en nuestros asientos y miramos a Mr. Larue pensando que había perdido el juicio. El sonrió y dijo:

—Natural; ustedes me creen loco, ¿no es así? Sin embargo, he dicho la verdad. Existe en esta ciudad una especie de cripta poblada de sombras silenciosas que hará empalidecer a la del faraón Tuthankamón del cual se habla tanto.

Eramos todo oídos. El continuó:

—Al principio me llamó la atención un gran edificio que hay en una de las plazas centrales, que ostenta unas grandes columnas y una leyenda en griego, hecha así probablemente para que nadie la entienda. No vi entrar allí jamás una persona, apesar de que muchas veces me paré enfrente para ver si llegaba por casualidad alguna. A ese edificio no comprendo por qué razón se le conoce aquí por «el Ateneo», quizá como producto de una humorada de algún espíritu travieso. Después de mucho observar, un día me animé, a la caída de la tarde, a trasponer su inmensa puerta y me metí dentro, como adivinando que algo muy interesante me aguardaba. Y en efecto, fué así. Desde los primeros escalones hirió mi pituitaria ese olor húmedo y pesado del aire con-

finado de las tumbas, y mis pasos resonaron escandalizando las altas bóvedas que desde hace tantos siglos no habían devuelto eco semejante. Como puede suponerse, no encontré absolutamente a nadie dentro del gran templo y, por lo tanto, pude recorrerlo a mi gusto, feliz y orgulloso del valiosísimo hallazgo que acababa de hacer.

Nosotros nos mirábamos estupefactos y maravillados, mudos por la sorpresa.

—Ahora verán, continuó Mr. Larue. Lo más particular del asunto es que la antiquísima tumba no guarda restos inanimados de reyes de desaparecidas dinastías. Y hubiera dado no sé lo qué porque me hubieron acompañado en la visita mis ilustres amigos Mrs. Flammarion, o Richet, o Conan Doyle. Pude distinguir en varias ocasiones algunas sombras de forma humana que resbalaban a lo largo de las paredes, y a otras jugando al tute y al ajedrez en la biblioteca de la tumba. Cuando me acerqué a ellas se disiparon como por encanto pero puedo jurar que esas sombras existen y que pueblan el gran mausoleo. Seguramente el pueblo extinto a que pertenecieron un día no poseía como los egipcios el arte milagroso de conservar los cadáveres, y no han quedado más que los espíritus, cuyas formas inmateriales persisten en habitar aquel tranquilo refugio en la seguridad de que allí nadie, absolutamente nadie, se atreverá a molestarlos, turbando su secular reposo.

Nosotros, como se comprenderá fácilmente, nos resistimos a creer en tal novedad apesar de la seriedad de nuestro informante, el cual para convencernos del todo no tuvo más que agregar:

—Los invito a visitar la tumba el día que gusten, tarea en la que no seremos molestados ya que desde hace tanto tiempo ninguna planta humana ha sido capaz de violar su silencio y su tranquilidad. Sólo les pido una cosa: que me guarden secreto del descubrimiento hasta que haya preparado mi Memoria.

Y nosotros, con esa discreción característica de los periodistas, se lo prometimos solemnemente, pero de inmediato nos pusimos a escribir este artículo, temblorosos de emoción y de orgullo, para participar a nuestros lectores que ese edificio conocido por «El Ateneo» sito en la plaza Libertad no es otra cosa que una tumba que data de una época prehistórica, y que debe, en consecuencia, ser explorado debidamente y más tarde declarado «panteón nacional» con todo lo que guarda dentro.



## HABLANDO CON EL PINTOR CÚNEO



Cúneo, uno de nuestros más ilustres artistas plásticos, cuyas telas son un himno glorioso de color y de luz, nos dió la fiesta de sus cuadros y de su espíritu en la visita que le hicimos. Aunque el pintor pasa por una época de distraimiento para su arte, en cuanto a trabajo, y por lo tanto a preocupaciones y problemas a resolverse con la misma labor, su temperamento y su visión permanecen fieles a la fuerte y sintética concepción de belleza y de luz que triunfa en todos sus cuadros. De ello dan fe las interesantes cosas que nos dijo, y van enseguida, sacadas de una conversación demasiado corta:

—En este momento del arte, agitado por tantas contradicciones, ¿tiene usted un punto seguro de orientación para su obra?

—El color, ante todo, primero que todo, sobre todo.

—Sin embargo, recordamos su preocupación de la forma, patentizada en algunas de sus obras calificadas de cubistas.

—Ciertamente, la forma...

—Me parece que podemos ordenar y simplificar nuestro diálogo, si usted nos dice algo de su estética y técnica, en cuanto a estos dos elementos: el color y la forma.

—Verdad es que representan hoy los dos elementos dramáticos de nuestro arte, que choca ya en uno, ya en otro, como el navío de Ulises entre Scila y Caribdis...

—Orden, querido artista. Soy todo cuidado para no perecer contra alguna de las clásicas rocas... Háblenos primero del color, de su color.

—Indudablemente, como decía, el color ante todo y sobre todo; pero como hay muchas maneras de entender el color, quiero hacer notar que el que yo prefiero es el color casi puro y brillante, tal como sale de los tubos. Puede que más adelante me aficione a la infinita variedad de los grises coloreados, a los que por ahora sólo creo capaces de vestir una construcción a base de claro-oscuro.

—Ahora, del otro escollo: la forma.

—Me ha preocupado la forma, porque es precisa-

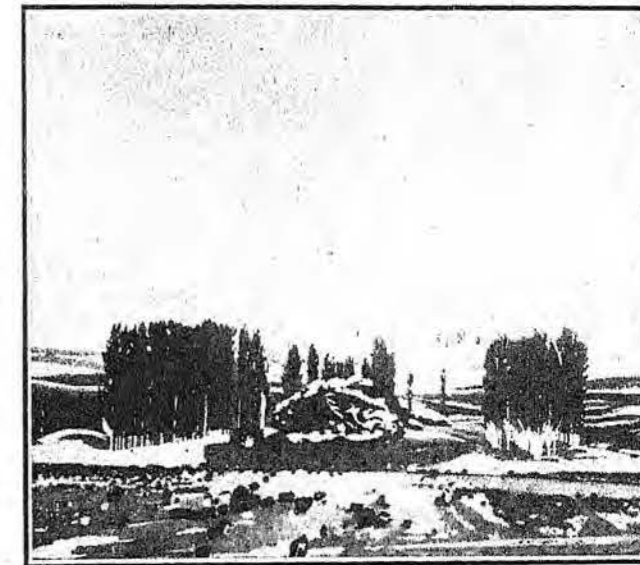
mente uno de los tormentos de los pintores actuales, y por lo que la lucha para romper la antigua visión ha sido más cruenta. Ya se han librado los pintores de la obsesión del incubo constructivo a la manera de Rafael, Ingres, David, etc., que era considerada el sumum de la perfección. Los volúmenes eran siempre redondos; las puntas de ellos que vienen hasta nosotros, terminaban en una suavidad de modelado tal, que ocultaba la construcción poderosa que había debajo, y así se seguía imitando la apariencia y no el fondo de la pintura de aquellos maestros. A los impresionistas primero, y a los cubistas después, debemos la libertad conquistada, sobre todo a estos últimos, que insistieron en la necesidad de escribir los volúmenes con la mayor claridad y fuerza posibles. A mi manera de ver, vuelve la pintura a poder expresarse con amplitud igual a la que usaron los primitivos de todos los tiempos, es decir, representar en la tela o en la pared todas las imágenes de la realidad y aun las de los sueños, sin que su agrupamiento tenga que obedecer necesariamente a las leyes de anatomía, perspectiva, claro-oscuro, etc. ni a un modelado que anote todas las menudencias inexpresivas que luchan contra una síntesis expresiva. Por el contrario, sean antes que nada cosas profundamente humanas que queriendo conmover y expresar algún pensamiento, no tengan que verse trabadas por complicaciones; así en las escenas del Giotto y Fray Angélico vemos el fervor religioso, la beatitud, el misticismo, antes que lleguemos a darnos cuenta de los incontables errores de perspectiva, iluminación y otras cosas científicas reputadas hasta ahora como indispensables para pintar.

Evocamos, mientras hablaba el artista, los siete magníficos cuadros de La Isla y el Jardín mojado, que se encuentran ahora en Río Janeiro, y contemplamos los retratos de la señorita de Scoseria y de la señora de Batlle, el último de los cuales subyuga por la pureza con que está resuelto. Aquella cabeza, definitivamente, tiene la nobleza y la majestad que reinan en el alma del artista, bañada de luz.

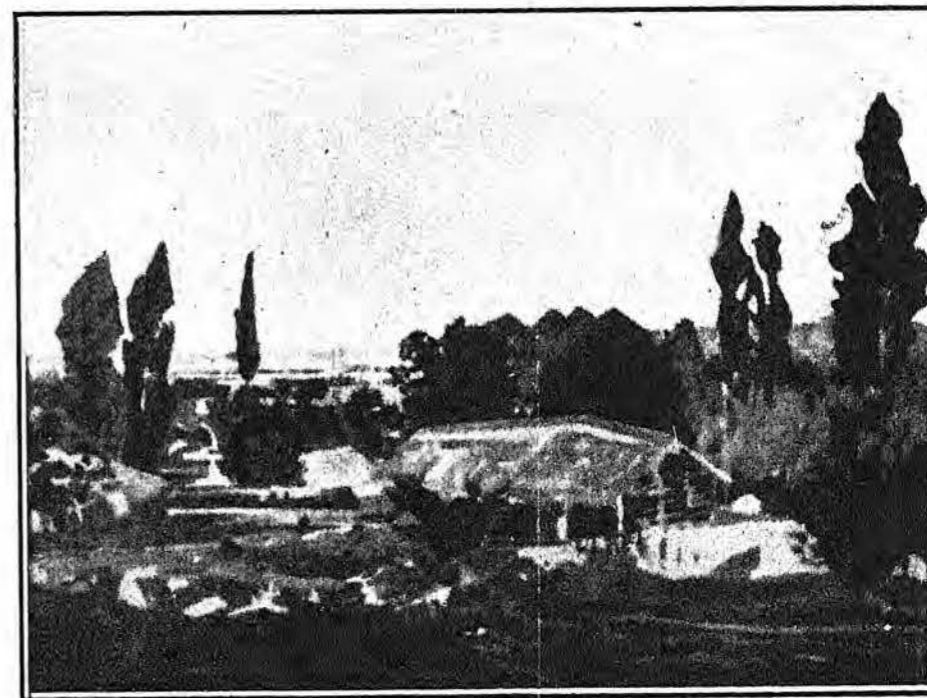
## C U A D R O S D E C Ú N E O



IGLESIA DE MALDONADO



LA ISLA



LA RANCHERIA

Ahora que yo ando por esta acera húmeda,  
de noche, voy diciendo estrofas sin sentido:  
Deben andar los barcos en alta mar, brillantes,  
y turbando los sueños de millares de peces.

Deben estar oscuras, sombrías las iglesias  
que construyeron hombres y hombres, vanamente.  
Deben estar los cuerpos de las niñas muy tibios  
y deben ser sus sueños muy raros y distintos.

¡Cuántas veces yo pude ser bueno y no lo he sido!  
Debe haber muchas fiestas en el mundo a esta hora.  
En el campo, los hombres todos deben dormir:  
sólo alguno andará porque hay enfermos graves  
o porque él le exigió una cita nocturna.

He de entrar en mi casa muy despacio. Es muy tarde.  
Que no sepan que llevo a estas horas. La vida  
tiene muchas desgracias y angustias para mí  
Creo que en esa casucha nadie duerme de hambre.

No he visto a mis amigos esta noche. Quizá  
no se hayan acordado de mí en ningún momento.  
¿Y si ahora me muero de repente y me quedo  
toda la noche así en esta acera húmeda?

MARIO ESTEBAN CRESPI

## LA NIÑA DEL RAMO

Gracias por la caricia de tus cinco años  
que tú muestras desnudos  
como cinco deditos juguetones.  
Gracias por la fiesta rosada  
que subió con tus labios al tranvía.

Ahí, estás apretando entre tus brazos  
un manojito de besos maternos  
hechos color de flor!  
Te han dejado de pié, pero parece  
que mi ternura te llevara en brazos.  
Te han dejado de pié, pero el tranvía  
que te levanta blandamente, en triunfo,  
te canta alegre una canción de infancia  
y te junta al aroma de las quintas.  
Te pareces a todas las niñas  
como una estrella a otra estrella.

Rodó mi corazón hasta tus piés  
como un juguete.

De mirarte, mis ojos son tan puros  
como una gota que refleja al cielo;  
y mi vieja memoria se ha lavado  
con un montón de sueños olvidados.

HUMBERTO ZARRILLI



ILDEFONSO  
PEREDA VALDÉS

BJR  
FERNANDEZ  
Y GONZALEZ

Por F. Lanau, A. Pastor y  
H. Fernández y González

## EL INVENTOR FRACASADO

( CUENTO )

Juan Grave era un sabio que había dedicado toda su actividad científica a las investigaciones médico-legales, especializándose también en Criminología. Se graduó de doctor en Medicina y cirugía en la Universidad de Montevideo, a la temprana edad de veinte y dos años, y desde niño demostró especiales inclinaciones por la Criminología, habiéndosele sorprendido un día midiendo la capacidad craneana de su señor padre, para constatar si aquel buen señor era un criminal nato o un criminal pasional. En el momento en que voy a narrar su más extraordinaria aventura, el ilustre doctor Juan Grave, ostentaba pomposamente en sus tarjetas los siguientes y sucesivos títulos académicos:

### JUAN GRAVE

Médico Director del Instituto de Medicina Legal. Doctor en Medicina y Cirugía. Director de la Revista de Criminología. Miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Lisboa. — Miembro ad-honorem de la Academia de Medicina de Osaka. Miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Madrid. Profesor ad-honorem de la Universidad de Columbia. Profesor Honorario de la Facultad de Medicina de Burdeos, etc., etc.

El doctor Juan Grave había presentado a las distintas academias de las que era miembro correspondiente, sendos trabajos científicos, algunos de los cuales merecieron la publicación oficial en las principales revistas médicas europeas. Pero el doctor Juan Grave no se encontraba satisfecho de su copiosa labor científica. Presentía que algo grave, en consonancia con su apellido, tenía que acontecerle. Su mejor amigo era el doctor Luis Izquierdo, médico como Grave, pero que no podía ostentar aún un número tan lucido de títulos académicos; Izquierdo, se conformaba con ser discípulo de Grave y seguía al pie de la letra las enseñanzas del maestro.

Diariamente llegaba a la morada de Grave y

pasábase horas de amena conversación con éste. Grave le confiaba todos sus secretos, tantos los científicos como los domésticos porque hay que saber que el señor Grave era casado y tenía una hermosa hija. El único inconveniente del doctor Izquierdo era su extraordinaria indiscreción; bastaba que se le confiara un secreto con cargo de no revelarlo, para que al momento todo el mundo lo supiera, pero esto no lo hacía sino por amor al maestro; por ese deseo incontinente e incontinente de hablar de la ciencia y la experiencia de su sabio amigo. La señorita de Grave era realmente apetitosa, con sus permanentes quince abriles, florecientes de juventud y fresca. Estudiaba medicina, no tanto por vocación, como por cumplir el deseo de su señor padre, que anhelaba ver continuada en esa hija la tradición científica de los Graves; sus abuelos y bisabuelos habían sido médicos afamados, y sus retratos se exhibían en los salones de la Facultad de Medicina.

Las continuadas visitas del doctor Luis Izquierdo a la morada de los Grave comenzaban a inquietar a los vecinos, pues éstos no alcanzaban a deducir bien, si el doctor Izquierdo frecuentaba la morada de los Graves, por amor a la ciencia, o por amor a los rubios cabellos, y a los azules ojos de la señorita Grave. Y lo más probable era, que el doctor Grave quisiera desposar a su hija con su más caro discípulo, para continuar también la tradición científica, pues, es frecuente ver a los discípulos de los sabios casarse con las hijas de los maestros, y el doctor Grave, que ostentaba en sus tarjetas más de doce títulos académicos, era fiel cumplidor de la tradición científica, histórica, y toda cuanta tradición hubiera podido recogerse. Pero los conjeturales amores de la señorita Grave con el doctor Luis Izquierdo no nos interesan mayormente...

Aquella tarde llegó, como acostumbraba hacerlo, al domicilio del doctor Grave, el doctor Luis Izquierdo, y encontró a su querido maestro profundamente cogitabundo. en el mundo.

—¿Qué le sucede? — dijo tímidamente el discípulo.

—Pues, nada, que he de revelarte uno de los secretos más profundos y conmovedores que puedas imaginarte, pero te ruego seas conmigo igual que un confesor; recibe mi confesión y guárdala en lo más hondo de tu alma.

—Así lo haré, querido maestro.

—Pues bien, has de saber que en este momento estoy a punto de ser uno de los hombres más célebres del mundo. He descubierto el más extraordinario invento que la ciencia moderna médico-legal pueda concebir. Tú sabes, que la Medicina Legal ha vivido siempre en un estado estacionario, y casi nadie ha podido aportar ningún invento útil a la investigación judicial para el descubrimiento de los misteriosos crímenes que sacuden la conciencia tranquila de los pacíficos habitantes de una ciudad, para producir en ella espasmos espeluznantes y terribles.

Mi invento me ha costado muchos años de profunda investigación. Por un momento, creí que yo era incapaz de crear algo original, y que mi labor se reduciría siempre a una mera obra de divulgación científica, pero un día tuve la revelación de que yo estaba llamado a solucionar uno de esos grandes problemas que conmovieron a la humanidad por lo atrevido de la concepción y el beneficio que a ella le producirían. He pasado muchas noches sin dormir pensando en mi invento...

—Pero maestro, digo pronto cuál es el invento que yo ardo en deseos de conocerlo.

—Pues bien, ven a mi laboratorio de Medicina Legal y te lo enseñaré.

El maestro y el discípulo pasaron al laboratorio de Medicina Legal del sabio profesor; grandes mesas blancas estaban llenas de tubos de ensayo, en las paredes carteles con cabezas de criminales, con evidentes síntomas de microcefalia, compases de Brocca, y en medio de aquella blancura médica de las paredes, la señorita Luisa Grave, que apenas había notado la presencia de su señor padre, trabajaba absorta en la preparación de un tubo de ensayo.

—Este es el aparato — dijo el doctor Grave — señalándolo — que he inventado para descubrir los crímenes misteriosos. Tiene por objeto determinar la mayor distancia a que se puede tener una pistola apuntando a la cabeza y disparando por medio del gatillo.

Vds. recordarán el misterioso suceso de los esposos Galveston. Una mañana apareció en un cuarto del Hotel del Globo el cadáver de la señora Galveston. Galveston dijo que su señora se había suicidado y nadie se ocupó más del asunto. Y bien, yo puedo comprobar con mi aparato que el tiro vino de una distancia mayor de la que ella podía alcanzar con su mano. Y de esta manera, puedo demostrar la inocencia de muchos acusados y el delito de otros que son absueltos por la justicia por falta de pruebas para condenarlos.

El doctor Grave continuó explicando a su discípulo de qué manera se había valido para descubrir el misterioso crimen de la Rambla Wilson y

otros crímenes más, a cuyo esclarecimiento fuera llamado como perito.

Izquierdo abrazó a su maestro y se despidió de él, con el deseo loco de comunicar la sensacional noticia a todo el mundo...

A las veinticuatro horas toda la ciudad estaba enterada del sensacional descubrimiento del doctor Grave; no se hablaba de otra cosa; los periódicos publicaban su retrato y se ocupaban del suceso con grandes títulos: «El sensacional invento del doctor Grave». Desaparición absoluta y total de los crímenes misteriosos. «No más misterios, desaparición del reinado de la tiniebla».

Al principio, el doctor Grave empezó a recibir felicitaciones de sus colegas y de la policía de investigación. No había de satisfacción dentro de sí, y ocupó febrilmente en la redacción de la voluminosa memoria que debía presentar en la primera reunión de la Sociedad de Medicina y que titularía: «Aparato revelador original del Dr. Juan Grave».

El lunes fué el día señalado para la presentación de la memoria, y el sábado por la noche, el doctor Juan Grave recibió una carta del periódico más sensacionalista de la ciudad, que usaba desde hacía mucho tiempo un sistema intensivo de «chantaje», la cual estaba concebida en estos términos:

«Doctor Juan Grave:

Mucho nos ha sorprendido su pretensión irrisoria de terminar con los crímenes misteriosos. El periódico «Las Noticias» no puede permitir que por culpa de su maldito invento se suspenda la publicación del folletín: «El crimen misterioso de la degollada de la Rambla Wilson»; además, Vd. con su invento nos arruinaría totalmente. Este periódico desde su fundación viene explotando con gran éxito el renglón «crímenes misteriosos» y su desdichado invento sería la causa inmediata de nuestra ruina.

Si Vd. no retira la memoria que piensa presentar a la Sociedad de Medicina, publicaremos un folletín relatando sus relaciones amorosas con la señora del doctor X.

Somos de Vd. atte. S. S.

LOS DIRECTORES.»

El doctor Grave después de la lectura de la carta, cayó de plomo sobre el sillón. Estaba anonadado, derrotado. Cuando llegó su discípulo a la hora de su cotidiana visita, lo encontró sumido en profundísima meditación...

—¿Qué le pasa, maestro?

—Nada, lea esa carta.

Y así fué como el doctor Juan Grave, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de más de cinco países, que por primera y única vez iba a dotar a la humanidad de un invento beneficioso para ella, cayó enfermo durante una semana con una fuerte fiebre; y pasó el lunes, día en que debía leer la memoria y no apareció por la Sociedad de Medicina.

Ildefonso PEREDA VALDES.

## O T R A A U R O R A

Pensamiento y Alma  
Que durante el día  
Trabajaron juntos como dos esposos  
Al caer la tarde  
Lloran los dos como recién nacidos.

Pensamiento sufre por el Alma triste  
Y le dice en su queja amorosa  
Cálmate mi Venus dolorida  
Ya vendrá otra aurora más hermosa

H E C T O R P A R E N T E

## D I A L O G O M A T U T I N O

CAPÍTULO DEL LIBRO "RODÓ Y NOSOTROS" PRÓXIMO A PUBLICARSE

Eran las primeras horas de una veraniega mañana de viva luminosidad. Paseaba con un amigo por la playa. Ambos estábamos vestidos para el baño y ambos acabábamos de salir de nuestros lechos. Todavía no nos habíamos despertado del todo, es decir, no estábamos en la plenitud del ejercicio de nuestra mente, que sólo se adquiere, como con los músculos, después de una breve gimnasia. Nuestro sueño había sido tranquilo y no nos inquietaba nada. Era el día aniversario de la muerte de José E. Rodó, y, como es natural, hablamos de su obra. Mi amigo se extendió serenamente, con firmeza de detalles y lujo de imágenes, sobre la riqueza de los materiales empleados por el «maestro» — así le llamaba — en sus construcciones.

—A mí me parecen visibles los huecos donde el albañil enchufó los palos que sostienen el andamiaje — le dije.

—¿Es que los edificios literarios — me replicó — deben construirse como los castillos de naipes, sin preparación y cálculo, sin premeditación y auxilios accidentales, librando la belleza a la casualidad o a las improvisaciones de la inspiración?

—No — le respondí —, sino que el mañoso artífice debe ocultar todo lo que en su obra no tenga asiento definitivo, despejar no sólo su fisonomía, sino también su fondo, de los accesorios de valor constructivo, una vez aprovechados. La naturalidad que admiramos en los grandes monumentos literarios no es otra cosa que este habilidoso disimulo.

—Pienso que esas condiciones naturales de claridad, son las mismas del acierto, que, en el acto absoluto de pensar, acto independiente de la voluntad, provienen de una composición que nada tiene que ver con el pensar mismo y a la que solemos llamar «pensar bien».

—Esta composición, pues — le dije —, invisible para quien analiza el pensamiento, es el oscuro e invisible andamiaje sobre el cual han ido levantándose y creciendo las ideas. Así como el pensar bien o mal, el acertar o no, nada tienen que ver con el pensamiento, las bellezas y fealdades de una obra de pensamientos — y no olvidemos que a Rodó le gustaba decir: «yo hago literatura de ideas» — más que de ella misma, dependen de los preparativos preliminares a la construcción, del plan, de la preparación extraña al pensar, aunque desaparece bajo la pura irradiación de éste.

—¿Quiere Vd. decirme entonces, amigo mío, que el pensamiento de Rodó no irradia con la fuerza de lo hondamente sentido? — me dijo.

—Quizá... Por de pronto no pretendamos que sus ideas progresen y se desenvuelvan en la inteligencia del lector, no busquemos problemas ni contingencias en ellas. Todas las derivaciones factibles Rodó las ha calculado y desenvuelto. Su obra ofrece a los espíritus pocas probabilidades de ejercitar su preparación específica para la sinceridad consigo mismo.

—Dice relación con lo que acaba Vd. de exponer, el estado en que comunmente es recibida la literatura de Rodó, la ausencia de esa alegría sin reservas, de esa íntima festividad que ofrecemos a las cosas necesarias que nos visitan, a las palabras llenas de inefable claridad y dulce sucesión.

—Sí, mi amigo, porque hay una palabra interior a las palabras mismas, hay un nombre para

cada cosa que es una emanación del hecho absoluto de esta cosa, que no se gasta con el uso, ni se deforma si no es a riesgo de deformarla, un nombre representativo apesar de todo sinónimo, a semejanza de la mirada que hay en unos ojos que nos son conocidos, una mirada entre todas, que es, en rigor, la única, la total mirada de esos ojos y los ojos mismos. Bien, esta palabra, como las grandes revelaciones de Dios, gusta sorprender y escoge para presentarse situaciones insospechadas y campos los menos previstos para su florecimiento. El nombre de las cosas es símbolo, concepto puro, no tiene comienzo ni fin y como que es la prefiguración de algo absoluto, carece de visicitudes.

—¿Entonces, las ideas que Rodó ha encadenado en su obra, no son como esa palabra única y como esa mirada esencial de que Vd. me habla, la emanación completa de una personalidad, la revelación de un inconfundible espíritu, el trasunto de una voluntad?

—No. Y en vez de ello, visicitudes es lo que hay en la obra de Rodó, visicitudes de esteta, esfuerzos monstruosos y tentaculares, peregrinaciones dilatorias en todos los libros leídos, vacilaciones inherentes a la minuciosidad de los cotejos y tercas oposiciones aconsejadas por la incertidumbre.

Así, el parto suyo, ha sido más una voluptuosidad que una afirmación.

—La propia lentitud de su obra corrobora lo que me decía, y no es que a Rodó le torturasen profundas luchas interiores. Ninguno menos parecido al de Pascal que su espíritu. En vano intentaríamos buscar a través de toda su obra, de toda su vida, al homo duplex que había en el célebre autor de los «Pensamientos». En vano también haríamos esfuerzos encaminados a desentrañarle un significado concreto y sólido, una definición síntesis de su espíritu.

—Sucede así, amigo mío, porque la de Rodó no es una de esas obras cuya explicación surge en gracia de firme y sólida comunión entre el autor y el mundo. No hay lazos visibles entre el espectáculo y el espectador; no hay, expuesta claramente al menos, la fuerza natural y fértil de donde emana el hecho de los pensamientos y a la cual, apesar de las divagaciones y las elegancias del literato debe volver inevitablemente, insensiblemente. De igual modo el holgazán esplendor de la flor se une al sombrío trabajo de la raíz, las anécdotas armónicas se enlazan, por virtud o apesar del artífice, al tema central en las composiciones musicales.

El sol se había levantado mucho y se sentía ya con mortificante rigor. Una pausa bastante larga fué suficiente para que mi compañero pensase en el frescor del agua cuyas olas llegaban junto a nosotros y para que me invitase a entrar en ella. Aceptado; pero le dije todavía estas últimas palabras:

—La inteligencia del hombre que corta selvas y hace ladrillos, debe ser, como la de la naturaleza que hace ríos y pone huevos aunque estricta y definida, profundamente resonante.

Federico MORADOR.

\*\*\*



# COMO CONOCI A LASSO DE LA VEGA



Los jóvenes de esta última generación que no alcanzaron a conocerlo, no pueden darse una idea de lo que fué Leoncio Lasso de la Vega como periodista y como hombre y del lugar que ocupó en nuestro ambiente. Es muy difícil que haya habido alguna vez en Montevideo un periodista de su género que haya conquistado tan completamente la simpatía y el aprecio del público. Leoncio Lasso de la Vega era un héroe popular, un hombre rodeado de una aureola especial de prestigio y de cariño que no lo abandonó nunca. Ya desde antes de conocerlo personalmente lo conocía yo por admirar sus artículos de «El Día» de los que era lector fervoroso e infatigable. Fué en 1908. Comenzaba yo a insinuar en aquellos momentos en las letras buscando en dónde colocar mis primeros versos que se me antojaban, como a todos los que empiezan, que iban a revolucionar al mundo. Pero era muy tímido, y no tenía amigos. Acababa de concluir mi carrera de maestro y no sabía qué hacer. Incidentalmente, en circunstancias que ahora no son del caso, llegué a conocer a Ernesto Herrera y Alberto Macció, y después a Julio Alberto Lista y Orosmán Moratorio, y así, insensiblemente, como si una mano nos fuera eligiendo, fuimos agrupándonos hasta constituir el cenáculo aquel que fundó «Bohemia» y la sostuvo durante casi un año. Naturalmente, los amigos de cada uno pronto se convirtieron en los amigos de todos, y tanto la trastienda de la casa de comercio de Lista como el lugar aparte que se nos reservaba en el café de la calle Defensa y Carapé, se vieron pronto concurridísimos de un público original en el que había un poco de todo: artistas buenos y malos; escritores hechos y principiantes, y los demás que no eran escritores ni pretendían serlo.

Lista y Herrerrita comían en un restaurant situado a la entrada del Mercado Central, por Juncal. Una noche, que me esperaban allí, fui a buscarlos al final de la cena. Estaban instalados esta vez en el centro del salón, enredor de una mesa redonda en la que se encontraban también Macció, Angel Falco y algunos otros que no recuerdo. Desde fuera me llamaron la atención los carcajadas ruidosas que salían de allí, y cuando entré me di cuenta de lo que era. En la mesa, entre Lista y Falco estaba un señor al que yo no conocía, hombre como de unos cuarenta y tantos años, de ancha frente, bigote mosqueteril, melena en la que comenzaban ya a apuntar las canas y una flotante corbata «mariposa». En cuanto llegué me lo presentaron. Fué Lista:

—Veni p'aquí, francés. Te voy a presentar a Lasso de la Vega.

Mi emoción y mi satisfacción fueron muy grandes. Yo no me lo había representado de otro modo que como lo veía, pues no soy de los que tienen esa mala costumbre de figurarse como son las personas antes de verlas y que no aciertan nunca. Inmediatamente me di cuenta del inmenso caudal de cordialidad, de simpatía que emanaba de aquel hombre tan bueno y tan sano espiritualmente. Todo el mundo estaba pendiente de lo que decía. Confieso que jamás he conocido un «causer» más chispeante, más entretenido, más cautivador que Lasso de la Vega. Era un verdadero andaluz, pero un andaluz cultísimo, de buen gusto irreprochable: todo un gran señor. Pertenecía a una ilustre familia española famosa por su educación y su inteligencia. Aquella noche, la primera en que estuve directamente en contacto con él, estuvo maravilloso. Las carcajadas de Macció, como las blasfemias de Gambeta, hacían estremecer los vidrios de las ventanas y oscilar las lámparas enredor de sus ejes. En las demás mesas del salón la gente no comía por escuchar lo que decía Lasso y hasta los mozos estaban embobados, pendientes de sus palabras. Recuerdo que hablaba en aquellos momentos de la vida y milagros de un señor Abraham, tal como la Biblia lo cuenta, y que comedió la mar de fechorías, todo lo cual no obsta para que se le haya santificado. Lasso estaba en aquel tema completamente a su gusto. Era un verdadero erudito en materia de religión católica y su prodigiosa memoria lo auxiliaba a las mil maravillas. No era de esos incrédulos ignorantes, — cosa que me explico todavía más que el otro fenómeno de los crédulos también absolutamente ignorantes de lo que creen, — sino un profundo conocedor de las cosas de iglesia, de las que estaba enterado perfectamente por haberse educado en un hogar sumamente religioso y por haber dedicado gran parte de su vida al estudio de los textos eclesiásticos. Pero lo interesante no era por cierto lo que Lasso repetía en aquellos momentos de lo que sabía, sino los comentarios de finísima e irresistible ironía con que los completaba, en un lenguaje fácil y preciso, lleno de gracia. No sé si fué la impresión de aquella primera vez, — yo me inclino a creer eso, — pero desde entonces nunca más volví a encontrar a Lasso tan oportuno y tan entretenido, apesar de que compañeros en muchísimas circunstancias tuve después mil ocasiones de oírlo y de admirarlo. Excuso decir que todos los demás éramos puro oído. Falco que gustaba tanto hablar para oírse a sí mismo, apesar de que la naturaleza no le otorgó ese don, callaba también admirado y festejaba como todos. Herrerrita de vez en cuando subrayaba alguna frase con una de las observaciones rápidas y agudas que lo caracterizaban — era también un extraordinario conversador, — pero nada más. Los demás no teníamos sino una sola cosa que hacer: reír, ya que los chistes se sucedían unos a otros con rapidez vertiginosa y no habíamos tenido todavía tiempo de festejar uno cuando otro nos salía al encuentro. Macció reía como la artillería de sitio o como un temporal desecho del mar sobre la costa y se retorcía presa de agitaciones que parecían epilépticas. Lista, tan grave por lo general, tan serio aún cuando estuviera bromeando, había perdido la línea y lo encontraba desconocido. En cuanto a mí no sabía qué decir, pero puede suponerse lo que sería cuando he podido conservar tan nitidamente este recuerdo a través de los diez y seis años que han transcurrido. Es uno de los mejores, de los que más quiero de aquella época de mi vida, particularmente importante para mí.

Las mismas virtudes de que hacía gala en la conversación Lasso de la Vega, estaban presentes también en sus escritos, pero en grado menor. Hay

artistas de la palabra hablada, no oradores, sino conversadores simplemente, cuya misión parece que fuera la de hacer gratas las horas que se pasan en compañía. Lasso era en eso un artista completo. Quien lea los libros que ha dejado, quien tenga la paciencia de buscar lo mejor de su obra que fueron los «salpicones» que durante varios años publicó casi diariamente en «El Día», podrá tener hasta cierto punto una idea de lo que fueron su espontaneidad, su gracejo, su cultura extraordinaria, su sátira acerada y temible. Pero de lo que no podrá tener idea quien no lo conoció es de la bondad de su corazón abierto a todas las desdichas, de su altruismo, de su amor al hombre al que deseaba ver libre de todas las cadenas, especialmente de las más infamantes que son las que traban el libre pensamiento. Con sus campa-

ñas mortíferas, que no tenían contestación porque no había en campo contrario un hombre ni de lejos comparable a él, le valieron odios nunca apagados ni desmentidos de esas clases de la sociedad que lucran o prosperan con la ignorancia y la superstición de las multitudes. Pero eso era insignificante ante el prestigio que Lasso había conquistado entre el pueblo que lo adoraba. No iba a ninguna parte en Montevideo donde no se le admirara, donde no se le quisiera. Yo tuve que presenciar muchas veces escenas verdaderamente emocionantes, provocadas por la simpatía popular, que en ciertos momentos rodeaba la cabeza de aquel hombre con una aureola de luz que la destacaba como la cabeza de los santos en los cuadros italianos y españoles.

Alberto LASPLACES.

## ACTUALIDAD EXTRANJERA POLITICA ITALIANA — EL FASCISMO

Los acontecimientos desarrollados últimamente en Italia han venido a dar, de nuevo, actualidad al fascismo. Aprovechemos, pues, esa circunstancia para dedicarle, lo más objetivamente posible, algunos comentarios. Y, al hacerlo, sigamos un orden cronológico a fin de que el lector pueda darse una idea perfecta de lo que ese extraño movimiento significa en la evolución política y social del pueblo italiano.

**Primeras manifestaciones del fascismo. — Carácter con que ellas se presentan.**

El fascismo, hoy célebre por sus tendencias y realizaciones eminentemente autocráticas y tiránicas, no fué, en su iniciación, ni conservador ni burgués. Esta característica la adquirió más adelante. Las primeras manifestaciones del fascismo se producen durante el período algido de la neutralidad en el año 1915. En esa fecha surgieron en los medios revolucionarios y socialistas ciertos núcleos denominados «Fasci d'azione rivoluzionaria», cuyo propósito confesado era trabajar para que Italia entrara en la guerra al lado de los aliados, «no como una necesidad militar—al decir de Grandi, diputado fascista—, sino como la «más alta realización revolucionaria», como una «mística» palingenesia nacional y humana». Los «Fasci di combattimento», surgidos más tarde, y que constituyeron algo así como el embrión del fascismo actual, conservaron, en su período inicial, el carácter revolucionario de los «Fasci d'azione», pues, como éstos, estaban integrados por socialistas, sindicalistas y anarquistas, que se habían caracterizado por su actividad favorable a la entrada de Italia en la guerra.

**Nueva faz del movimiento. — Su transformación en partido político**

Terminada la guerra, todos estos elementos, por la fuerza misma de las circunstancias, se ven obligados a proseguir la obra que habían comenzado. Son impelidos a ello por una razón de legítima defensa. El socialismo neutralista denunciados como traidores y preséntalos, ante el proletariado, enfurecido por largos años de sufrimiento, como cómplices del dolor y los estragos que la sangrienta hecatombe dejaba tras de sí. Ellos reaccionan contra estos ataques. Y, de acuerdo con el concepto político que se habían formado de su propia obra, tratan de demostrar que ésta era y había sido revolucionaria y antimilitarista. Con este fin, fundan los «Fasci di combattimento».

Esta nueva faz del fascismo se hace ostensible al público en el mes de Marzo de 1919. En esta época celebran su primera reunión. Comprendiendo, sin duda, la necesidad de dar forma orgánica

a un movimiento que, hasta entonces, no había tenido más que un carácter esporádico, deliberan sobre ello el día 23 del mes citado, y, de tal deliberación, realizada en Milán, puede afirmarse que surge el partido que, más tarde, en virtud de circunstancias políticas entonces no previstas, será el dueño de los destinos de Italia. En esa reunión se elabora el programa de acción a desarrollar. Es un programa que, como el fascismo, queriendo ser claro y simple, resulta profundamente paradójal. Estaba concretado en estas tres proposiciones, cuyo espíritu, como se ve, es esencialmente contradictorio: «1.º defender los intereses de los humildes; 2.º combatir electoralmente a los antiguos neutralistas, y 3.º oponerse a toda política imperialista, tanto italiana como extranjera».

Conociendo, como se conoce, la calidad y el carácter de los hombres y los partidos que antes, y durante la guerra, habían combatido la intervención de Italia en la contienda europea, no hay necesidad de sutilizar mucho para comprender que la segunda cláusula del programa enunciado, excluía, en absoluto, las otras dos. El partido fascista entraba, pues, en la liza política con el propósito definido de luchar contra todos aquellos que, por tener un concepto más elevado de la vida y el progreso humanos, habían combatido la guerra y continuaban combatiendo a los que, con su prédica y con sus actitudes, habían contribuido a desencadenarla. Esta sola circunstancia bastaría para caracterizar este movimiento como algo eminentemente reaccionario. Sin embargo, personas muy significadas del fascismo, sostienen lo contrario. Gorgolino, en un libro publicado bajo el título «Il fascismo nella vitta italiana», y que lleva un prólogo de Mussolini, dice lo siguiente: «El «fascismo», repetámoslo, no puede estar, no está ni estará jamás con la burguesía. El fascismo, intérprete de la mayoría sana del pueblo de las trincheras, del sacrificio y del trabajo, no puede tolerar más el predominio de la burguesía conservadora.» Esto no obstante, el fascismo, a medida que transcurre el tiempo, a medida que su lucha con los otros partidos se hace más ardiente, a medida, en fin, que se va polarizando, vuélvese cada vez más conservador y, al calor de una sospechosa tolerancia gubernamental y aprovechando un momento psicológico especial en la historia del mundo (1), se con-

(1) No olvidemos que en los años 1919 y 1920 es cuando el reflejo de los acontecimientos rusos ejerce, sobre la mentalidad simplista de todo el mundo obrero, una especie de sugestión revolucionaria, que crea momentos de verdadera incertidumbre. En Italia, por razones económicas creadas por la guerra, y, quizás también, por razones sentimentales y climáticas, esta sugestión se traduce en hechos que adquieren contornos peligrosos para las clases acomodadas. En estas circunstancias el fascismo revolucionario, por especulación política, se convierte en guardián del orden, captándose, así, las simpatías de la reacción.



vierte en instrumento dócil de la más baja y desenfrenada reacción contra todas las fuerzas democráticas del país. Inicia, entonces, una era de violencia, y, desde los católicos capitaneados por Don Sturzo, hasta los émulos más o menos rojos de Lenin, todos han sabido de lo que era capaz la furia de sus audaces centuriones.

#### Composición social y orgánica del fascismo

Para comprender cómo y por qué el partido fascista, que en su origen se vanagloria de ser anti-burgués y revolucionario, se transforma, en el curso de su lucha con el socialismo, en partido anti-democrático y extrañamente favorable a un régimen absolutista y dictatorial, es necesario conocer su composición social. La presencia, en el fascismo, de personas de alta graduación en el ejército, como, asimismo, la de altas personalidades de la banca y de la industria, constituye un hecho sumamente elocuente y sugestivo (2). Refiriéndose a la composición social del fascismo en el período de las expediciones punitivas, Zerboglio, ex socialista convertido en fascista, dice: «He podido observar personalmente que, en el fascismo, predominan los estudiantes, ex oficiales y suboficiales del ejército, soldados, profesionales, pequeños negociantes, agricultores y «algunos» operarios; muchos idealistas; jóvenes audaces y personas de temperamento ávido de emociones, para quienes el fascismo es una especie de sport. Hay también burgueses que defienden su propia posición». Y el mismo escritor, tratando del mismo asunto, cita la siguiente descripción de Zibordi, reconociéndola rigurosamente exacta: «Del «fascismo» forman parte, por un lado, profesionales de la violencia, militares, y «bravos» tomados sin escrúpulos de los bajos fondos, y, por otro, jóvenes llenos de fanatismo, románticos, que toman el «fascismo» como un deporte. Hay intelectuales pobres e intelectuales ricos; los primeros, por instinto económico y por sentimiento; los segundos, por hostilidad y desden estético hacia el proletariado extremista.» Como se ve, teniendo en cuenta la calidad de los elementos que integran el «fascismo» en su nueva etapa, resulta fácil explicar su carácter anti-democrático.

La composición orgánica del fascismo no es menos interesante. Ella da idea de la habilidad consumada de sus organizadores. El «fascismo», considerado como un todo, comporta tres órganos diferentes: el partido, la escuadra de acción y la corporación gremial. El partido es el organismo político, el Estado Mayor del «fascismo»; la escuadra es la organización militar, armada, con jefes jerárquicos a los cuales se les debe obediencia absoluta y en la que cualquier indisciplina se castiga con penas severísimas; la corporación gremial es una organización destinada a romper huelgas, y, de este modo, hacer ineficaz la acción de los sindicatos obreros auténticos. Con una composición social tan heterogénea y una organización tan hábil y minuciosamente planeada, no es difícil en trance de acción violenta, llegar a los mayores excesos con la mayor suma de resultados benéficos. Sobre todo, si esta acción se efectúa en medio de la más absoluta impunidad, como acontecía entonces en Italia.

#### La violencia elevada a la categoría de un sistema

El fascismo, en el momento inicial de sus grandes actividades, entiende que la violencia puede serle útil y la practica. Pero no lo hace, como podría suponerse, de un modo accidental. Al contrario, teniendo la intuición de que la violencia puede, en ciertos casos, torcer el curso normal

(2) El estudio circunstanciado de este fenómeno, quizá nos explicara, en forma terminante, de dónde salían los recursos financieros con que el fascismo atendía los enormes gastos que efectuaba en su período gubernamental.

de la evolución política, la practica fríamente, sistemáticamente, organizada de acuerdo con principios científico-militares bien determinados. Tal es la enseñanza que se desprende de las célebres expediciones punitivas llevadas a cabo por sus «escuadras» de combate o de acción.

Como es natural, en tren de actividades violentas no tardan en producirse excesos. Estos adquieren caracteres horribles. Se hace de todo con tal de humillar y vencer al enemigo. Desde el aceite de ricino, hasta el secuestro, el apaleamiento y la muerte, todos los medios son buenos. Para que nuestras afirmaciones no parezcan exageradas vamos a extraer el relato que de los hechos hacen los mismos fascistas. He aquí cómo pintan la situación: «El «fascismo» ha llevado a cabo una cantidad de actos de extrema violencia, batiéndose con un enemigo indefenso, destruyendo e incendiando Cámaras de Trabajo, locales y círculos subversivos, banderas y emblemas, organizando expediciones punitivas y humillando propagandistas, consejeros y diputados.» Ad. Zerboglio («El fascismo - 1922, p. 9»). Y más adelante afirma: «El «fascismo», ciertamente, se ha extralimitado.»

El diputado Grandi, cuya influencia dentro del «fascismo» es conocida, observa: «Las expediciones punitivas se han convertido aquí y allá en un inconsulto y coreográfico exceso de violencia injustificada.» («Le origini e la missione del fascismo», 1922, p. 60). Y Gorgolino, escritor que es algo así como el comentarista oficial del «fascismo», no sabemos, si como reproche o como jactancia, escribe: «La ley del Talión, bárbara, anacrónica, salvaje, inhumano vestigio medieval, imperó en la península por voluntad fascista.» («Il fascismo nella vita italiana», p. 11).

Después de este relato huelga todo otro comentario. Lo dicho caracteriza, perfectamente bien, la historia del fascismo, hasta el momento en que asumió el poder. Lo que sucedió después es bien conocido: se estableció la dictadura fascista respaldada por una guardia pretoriana de quinientos mil «camisas negras», armados hasta los dientes y con atribuciones para realizar funciones de vigilancia y policía civil. En ciertos casos, su acción es útil; en otros es repugnante: esos quinientos mil milicianos, por sentimiento partidista o por perversidad moral, son quinientos mil esbirros que espían, denuncian y castigan toda crítica o acción ciudadana que vaya contra el «fascismo». Agreguemos a esto las bandas de foragidos que, previo pago, y creyéndose al abrigo de la protección oficial, se dedican a la vil tarea del asesinato, como lo demuestra el caso Matteotti, y el lúgubre cuadro de la política «fascista» quedará perfectamente delineado.

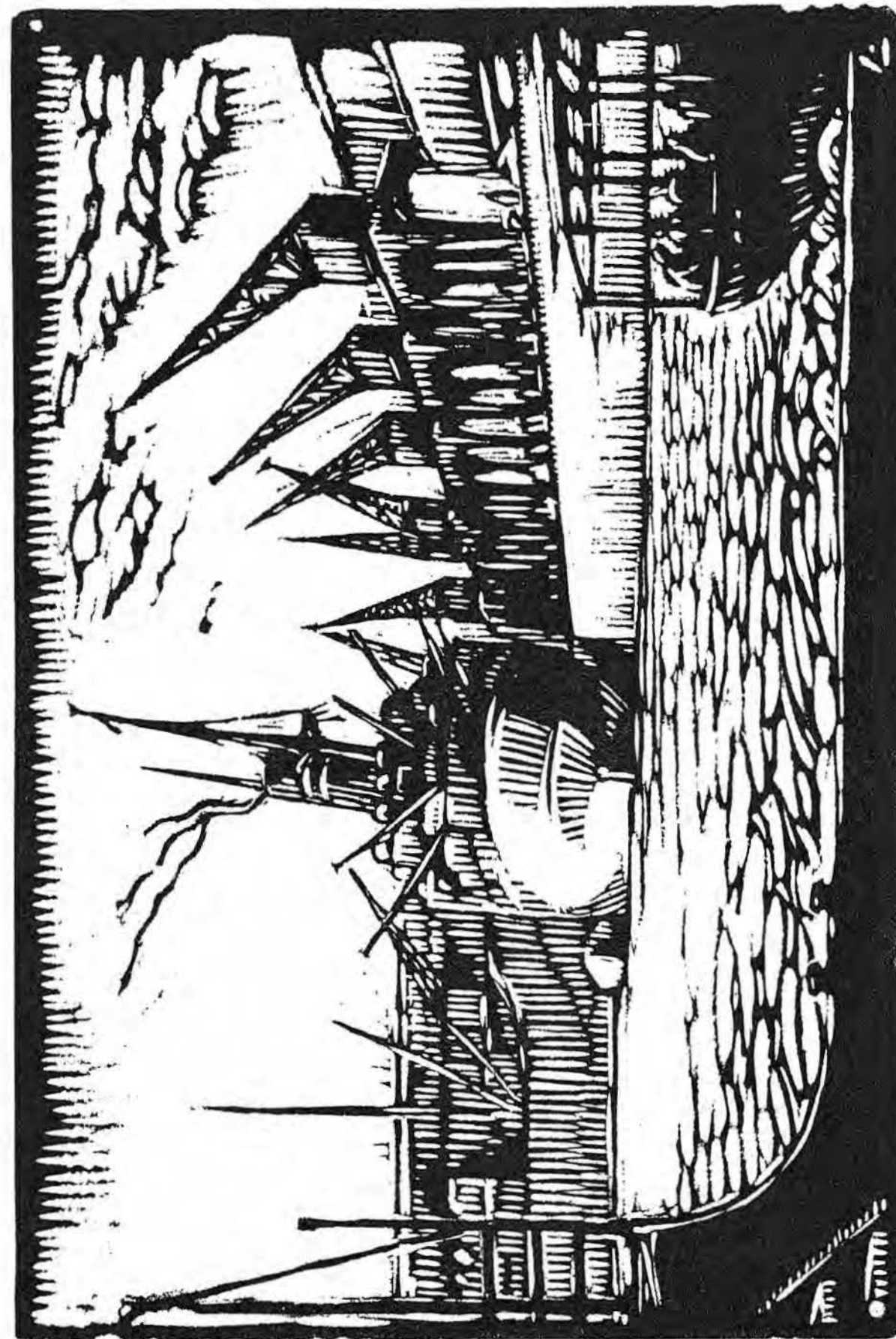
#### Fin del fascismo

La situación actual de Italia no puede continuar. En ese pueblo, como en todos, existe el sentido inmanente de la libertad y de la justicia que tiene, forzosamente, que rebelarse. Tal rebelión, que parece haberse iniciado ya, ante la trágica muerte de Matteotti, señalará la crisis del «poderío fascista». Con ella se iniciará su fin. Es natural que así suceda. En el grado de civilización alcanzado por la humanidad es absurdo que nadie se atribuya el derecho de atropellarlo e imponerle todo. Hacerlo es exponerse a un fin como el de Zeus, tirano del Olimpo, quien, según Esquilo, después de encadenar a Prometeo, ve que éste se libera y le infringe la más desastrosa y trágica de las derrotas políticas.

Al fascismo le acontecerá lo mismo. Y cuando esto suceda, se verá cómo ese movimiento, que tanto ha subyugado la atávica mentalidad de las clases conservadoras de todo el mundo, no ha constituido, en la historia de Italia, otra cosa que una transitoria y monstruosa mistificación política.

J. L. MORENZA.

## RINCON DEL PUERTO DE MONTEVIDEO



Linoleum por FEDERICO LANAU



VEINTE POEMAS PARA LEER EN EL TRANVÍA,  
por Oliverio Gironde.

Estos veinte poemas para leer en el tranvía, se pueden leer con gusto en todas partes. El señor Gironde ha conseguido con sus veinte poemas, todos breves, interesar al lector, que recorre las enormes páginas del libro, que tiene una carátula que recuerda exteriormente a un reclame de casa norteamericana, con el interés de ir recogiendo una serie rápida e instantánea de sensaciones de ciudades y lugares, que ofrecen al poeta un motivo de inspiración sentimental o irónica.

El ingenio de Gironde chisporrotea en las extensas páginas de «Veinte Poemas». Todo el libro es un fuego de artificio de imágenes modernas.

En algunas páginas nos recuerda—no sabríamos explicar por qué razón—las greguerías de Ramón Gómez de la Serna. La greguería se está filtrando de una manera alarmante en algunas poesías modernas; la greguería se está convirtiendo en sensación poética, y ese, sin duda alguna, es uno de los tantos males que tiene la greguería.

Las acuarelas del señor Gironde, tienen también, un acertado sentido de lo que es el arte moderno. Ilustran de una manera exacta y fiel a los poemas; esto mejor que nadie lo sabe el señor Gironde, que ha creado el poema y la ilustración.

Lo único que es lamentable en el libro del señor Gironde es ese deseo de acentuar los matices pornográficos de las cosas. Hay palabras que en un poema son indiscutiblemente de un gusto dudoso. No agregan belleza al poema, ni consiguen dar una sensación de lo pintoresco. Y quizás esto último: sensación, es lo que ha querido ofrecernos el señor Gironde al utilizar en sus poemas un lenguaje que cae lamentablemente en la pornografía poética.

Los veinte poemas del señor Gironde se leen con placer, y constituyen un ensayo interesante de poesía moderna, en el cual las altas condiciones del señor Gironde se ponen en evidencia repetidas veces.

I. P. V.

## «TIERRA HONDA», por Pedro L. Ipuche.

Todavía, a nuestro juicio, no es éste el libro definitivo de Ipuche, aquel que ha de señalar la meta más alta de su labor poética, pero es indiscutible que desde su último libro ha hecho muy grandes progresos, y que cada obra marca para él un paso firme y decisivo hacia su perfeccionamiento. Ha abandonado casi por completo el léxico rebuscado e impropio que afea muchas páginas de «Alas nuevas» y aparece así cada vez más espontáneo y más nuevo, cada vez más poseedor de esa difícil facilidad que constituye la sustancia misma de toda obra artística. Ipuche es un enamorado de nuestra tierra, del paisano y de los espectáculos camperos y a ellos canta en «Tierra Honda» con gran fervor emotivo. Todavía no domina ese gran factor de la poesía moderna que es la síntesis, e

insiste en detallar a la manera de antes por medio de una larga sucesión de descripciones y no por imágenes explosivas y reconcentradas. Esto no quiere decir que no sea sensible a las nuevas maneras pues algunas de las composiciones de su libro, como «Fuego y crines», son un modelo en la ejecución sobria y expresiva de la escena descrita. En el presente renacimiento del arte inspirado en temas nativos, Ipuche ocupa un puesto de vanguardia que no se puede ni debe desconocer. «Tierra Honda» es un libro sincero y amante, lleno de cálidos gritos de entusiasmo y de gratitud. En él se destacan además de «La higuera», que ofrecemos a nuestros lectores, un «Canto a Gabriela Mistral», «Poemas de la luz negra», «Las taperas», «Los yuyos» y algunas escenas de vida campera como «La elisis», «La mazamorra», «De pesca» y «Correría de la bandera». La versificación es siempre fácil y poco recargada de adjetivos, lo cual quiere decir que en eso también es evidente el progreso de este poeta simpático y empeñoso, digno de toda loa.

«CERVANTES», por R. Abadie Soriano y Humberto Zarrilli. — Montevideo.

Acortar la distancia que existe entre la Sociedad y la Escuela, despojar a ésta de su artificiosa base de verbalismo, darle amplios ventanales para que entre la vida con sus corrientes renovadoras, limpiándola de ese olor a museo y a tumba faraónica, haciendo que el arte y la ciencia verdaderas sean familiares al niño, esto es lo que se han propuesto y lo han logrado dos elementos jóvenes que se vienen destacando en los círculos intelectuales y magisteriales. Completamente revolucionaria en aquel sentido es «Cervantes», primer tomo de la obra de Lenguaje que con «Rubén Darío» y «Rodó» forman la serie que el Consejo de Enseñanza, con todo acierto, declaró textos oficiales, es decir, exclusivos, para la enseñanza del Idioma en nuestras escuelas primarias.

Basta ojear esta obra para percibir de inmediato sus altos valores educativos: nada de fórmulas rígidas, para ser aprendidas de memoria; pero sí una verdadera metodología práctica que servirá de guía certera a los maestros, y una sugestiva presentación que hará que los niños, en lugar de rechazarla como a los demás textos comunes, se sientan atraídos por ella y aprendan a sentir el estudio como una cosa deleitable. Por lo demás, libro americano, es decir, libro de emancipación espiritual, que tanto requiere nuestro continente. Colaboran en ella las mejores firmas de nuestro país y de Sur América, lo que hace de la obra uno de los más eficaces libros de lectura. En tal sentido debieran adoptarlo también los maestros. La parte de redacción es de una realización admirable y los autores resuelven con ella uno de los más difíciles problemas de la enseñanza del Idioma.

A. L.

De «TIERRA HONDA»

La lastimó Jesús como a una réproba  
Con su palabra extrañamente crespá.  
La higuera maternal, ancha y lechosa,  
Retorciéndose humilde, oyó al Maestro.  
Fué un mal momento del Rabi doliente:  
La furia lo agitó, cárdena y brava.  
¡Quién sabe si la higuera desde entonces,  
No es sufrida, nostálica y quebrada!  
Yo la quiero por mansa y familiar:  
 Toda infancia ha prendido un episodio  
En las ramas pacientes de una higuera  
De sencillez balsámica y silente.  
Hay árboles que gritan y se enojan;  
Hay árboles que afilan sus espigas;  
Hay árboles que cantan y entusiasman;  
Y la higuera es callada, íntima, mística.  
Arcana hija de las piedras rotas,  
Longeva, cenicienta, contrahecha,  
Pezonada de grietas y de mieles,  
Tiene una fuerza heroica de raíz.  
Nunca le vi una flor, y tiene flores  
En las honduras de la noche suave:  
De allá vienen sus higos delicados  
Como buidos de un licor nocturno.  
Ceñida por su sayo amargo y grueso,  
Abre sus manos bastas y nudosas;  
Y en las estrellas rojas de sus frutas  
Exprime sus entrañas fatalmente.  
Una aridez ascética en invierno  
Crispa sus varas secas y dolientes;  
Y sin sus hojas de inocente filo,  
Alza una desnudez de dedos pálidos.  
La higuera es toda brazos, manos, dedos;  
Así es de maternal que da sus leches

En una santidad de mano abierta:  
Una gran mano que se extiende en manos.  
Nadie es más buena que ella ni más plácida:  
A veces, conmovido, me parece  
Que es una vaca vegetal tranquila  
Con sus higos, su anchura y su humedad.  
Yo la he visto tapada por sus hojas  
Tan fresca y tan áspera. La he visto  
Botonada de higueros apretados,  
Y a su sombra me he puesto antiguo y dulce  
La he visto en madurez, rica de gotas,  
Como si un colmenar se hubiera hundido  
En sus raíces, y se alza trémulo  
Hasta ser constelado en fruta viva.  
Y la he visto huesosa y tan desnuda  
Con sus manos heridas y vacías,  
Como un santo robado y puesto a escarnio  
A la luz más alegre y a los fríos.  
Fragante abuela de mis caserones:  
Yo he sido tu ladrón y el niño cruel  
Que pisoteó tus ramas y los higos  
Te arrancó de la leche de la piel.  
Yo no haré, yo no haré como el Maestro,  
Que te mordió con una maldición:  
Yo te bendigo, compañera humilde,  
Mártir de todo invierno y todo hogar.  
Hija de los pedriscos, vieja hermana  
Del cardo y las espigas de la cruz,  
Toda blanda de almibar en verano,  
Cuando es dura la luz.  
La miel más afinada es de la piedra,  
Y en el árbol más viejo está la miel.  
(La higuera es esto: piedra, leche, miel).

PEDRO LEANDRO IPUCHE

## DOS POEMAS DE OLIVERIO GIRONDE

## CROQUIS EN LA ARENA M I L O N G A

La mañana se pasea empolvada de sol.  
Brazos.  
Piernas amputadas.  
Cuerpos que se reintegran.  
Cabezas flotantes de caucho.  
Al torrearlos los cuerpos a las bañistas, las olas  
alargan sus virutas sobre el aserrín de la playa.  
Tozo es oro y azul.  
La sombra de los toldos. Los ojos de las chicas  
que se inyectan novelas y horizontes. Mi alegría  
de zapatos de goma que me hace rebotar  
sobre la arena.  
Por ochenta centavos los fotógrafos venden los  
cuerpos de las mujeres que se bañan.  
Hay kioscos que explotan la dramaticidad de  
la rompiente. Sirvientas chuecas. Sifones irascibles  
con extracto de mar. Rocas con pechos algosos de  
marinero y corazones puntados de esgrimista.  
Bandadas de gaviotas que fingen el vuelo destruido  
de un pedazo blanco de papel.  
Y ante todo está el mar.  
¡El mar!... ritmo de divagaciones. ¡El mar! con  
su baba y con su epilepsia.  
¡El mar!... hasta gritar

¡BASTA!

como en el circo.

Sobre las mesas, botellas decapitadas de «champagne»  
con corbatas blancas de payaso, baldes  
de níquel que trasuntan enflaquecidos brazos y  
espaldas de «cocottes».

El bandoneón canta con esperezos de gusano  
baboso, contradice el pelo rojo de la alfombra,  
imanta los pezones, los pubis y la punta de los  
zapatos.

Machos que se quiebran en un corte ritual, la  
cabeza hundida entre los hombros, la jeta hinchada  
de palabras soeces.

Hembras con las ancas nerviosas, un poquitito  
de espuma en las axilas y los ojos demasiado aceitados.

De pronto se oye un fracaso de cristales. Las  
mesas dan un corcovo y pegan cuatro patadas en  
el aire. Un enorme espejo se derrumba con las  
columnas y la gente que tenía dentro; mientras  
entre un oleaje de brazos y de espaldas estallan  
las trompadas como una rueda de cohetes de  
bengala.

Junto con el vigilante entra la aurora vestida de  
violeta.



Leopoldo Lugones ha sido designado miembro de la Comisión Intelectual de la Liga de Naciones que tiene por cometido acercar a todas las naciones del mundo en lo que a las más nobles y elevadas actividades del hombre se refiere. Esa Comisión está formada por una porción de sabios y literatos ilustres entre los cuales recordamos ahora a Einstein, Bergson, Mad. Curie, Aloisius de Castro, Ruffini, Destree y Torres Quevedo. La elección de Leopoldo Lugones, representante de las repúblicas hispano-americanas, nos parece de lo más desacertada que sea posible concebir. Lugones «fué» un gran escritor, cuando «Las montañas» y «El imperio jesuítico». Fué un innovador, y la fama de que gozó es justa. Pero de él no queda, como de ciertos edificios, más que ruinas lamentables. Desde el punto de vista literario, ha vuelto al balbuceo en verso, a un infantilismo que nos hace sonreír. Desde el punto de vista de sus ideas, Lugones, ex-anarquista, ex-socialista, ex-comunista, ex-individualista, ex-internacionalista, ex-aliado, está convertido en un elemento de la más tonta reacción, miembro activo de la Liga Patriótica Argentina, discípulo de Mussolini y de Primo de Rivera, lo cual es ya suficiente definición. El Lugones de hoy no es quien para representar ni a nuestras democracias ni a su nación, que no le da mayor importancia. Es verdad que no tendría nada de extraño que los aires salinos del mar lo hicieran evolucionar de nuevo y llegara a Ginebra con grandes arrestos liberales. Pero también es posible, en tal caso, que a los quince días vuelva a cambiar de opinión y retorne a sus actuales preferencias imperialistas...

Azorín, el erudito y correcto Azorín, ha sido designado miembro de la Academia Española de la Lengua. Tal acontecimiento ha causado intensa sorpresa en todas partes, pues se suponía que a los buenos escritores les estaba absolutamente prohibida la entrada en tan «docta» corporación. Azorín, que tiene un temperamento monástico, que es tranquilo y laborioso, que gusta revisar viejos folios de antiguísimas bibliotecas, se encontrará muy bien allí, lejos de las agitaciones del mundo y luciendo una dignidad a la que aspiraba desde hace mucho tiempo. Hemos leído varios comentarios al respecto, y mientras unos, como Pérez de Ayala, se felicitan de la entrada de Azorín en la Academia, otros, como Araquistain, se lamentan de ello y sostienen que desde ahora comenzará la decadencia inevitable del escritor. De nuestra parte no nos congratulamos ni nos lamentamos del episodio. Están engañados los que creen que Azorín ha sido electo académico porque ha escrito tales o cuales libros. Eso no se puede tener en cuenta por su insignificancia. Azorín será académico por lo que fué diputado durante muchos años: porque es muy amigo de don Antonio Maura, que es presidente de la Academia, y porque milita en las filas del partido maurista. ¿Digase que ello no es mérito suficiente para que el célebre crítico ocupe un sillón y para que desde hoy se llame «inmortal»?

Acaba de aparecer la tercera edición de «Agua del tiempo», el bellissimo libro de poemas nativos de que es autor nuestro querido compañero Fernán Silva Valdés. Es de señalar este éxito porque nuestro público no siempre hace justicia como es debido a nuestros artistas. En el presente caso, no ha sucedido así, y Silva Valdés puede decir que el suceso obtenido por su libro es único en los anales de la poesía contemporánea uruguaya. Federico Lanau, cuyo talento se impone más cada día hasta el punto de ser el dibujante casi obligado de los libros que publican nuestros más destacados escritores, ha hecho para esta tercera edición de «Agua del tiempo» una hermosa carátula en madera y un sobrio y expresivo «ex-libris». A ambos artistas nuestras más sinceras congratulaciones.

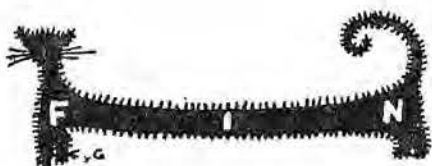
El siniestro tirano Leguía, el que ha dedicado el Perú al «Corazón de Jesús», desea ser «reelegido» de nuevo presidente de esa desventurada república hermana. Ya se sabe lo que significa el deseo del déspota que ha desterrado o encarcelado a todos los que tuvieron la altivez de espíritu de oponerse haciendo uso de un derecho que no es posible desconocer en ningún país civilizado y libre. Leguía será, pues, reelecto por «unanimidad» con la consiguiente complacencia del corazón de Jesús, que según rezan textos eclesiásticos de gran autoridad no abandona jamás a los que sinceramente lo invocan...

Alberto Dura, el conocido y estimable artista pintor, anuncia una próxima exposición de sus obras, para la cual deseamos el mayor de los éxitos.

La correspondencia y los diarios venidos de España dan la triste noticia de la muerte en Madrid del joven poeta José de Ciriá y Escalante. A los veinte años desaparece de la escena del mundo este escritor que era una de las más bellas promesas de la literatura contemporánea española. Ciriá Escalante pertenecía al grupo de los poetas ultraístas fundadores de las revistas más avanzadas de Madrid, «Ultra», — en su última etapa — y sobre todo «Índice»; era el más joven de los intelectuales de Pombo, y se había granjeado la estimación y el cariño de la moderna generación artística.

Lo temprano de su muerte ha impedido que deje una labor lograda y valorable. Algunos poemas aislados, sin embargo, dan idea de la interesante personalidad que se ha malogrado. Ha sido una bella flecha que no se disparó, y quedo solamente en el recuerdo de los fraternales amigos que habían puesto en él una gran esperanza de magníficas realizaciones.

Enviamos desde estas columnas al espíritu del poeta muerto el homenaje de nuestra triste despedida.



## A LOS SUSCRIPTORES DE LA CAPITAL

La pésima organización del Correo y la falta de escrupulosidad en el reparto domiciliario de impresos, han hecho llegar a esta Administración innumerables quejas de los señores suscriptores que no han recibido un solo ejemplar de nuestras cuatro ediciones anteriores o bien han llegado a su poder uno o dos ejemplares solamente.

Con el objeto de subsanar en lo posible este verdadero desastre, rogamos a los señores suscriptores se sirvan denunciarnos por teléfono, La Uruguay 2070-Central, la no recepción de esta Revista, para justificar de inmediato los reclamos a la administración postal, a la vez que apresurar el nuevo envío. Con lo cual quedará agradecida

LA ADMINISTRACION.

## LA CRUZ DEL SUR

DIRECTOR:  
ALBERTO LASPLACES

SECRETARIO DE REDACCIÓN:  
MARIO ESTEBAN CRESPI

ADMINISTRADOR:  
LUIS M. GÜINASSO

\*\*\*

### SUSCRIPCIÓN

Trimestre	\$ 1.00
Semestre	> 2.00
Año	> 4.00
Número suelto	> 0.20

APARECE LOS 15 Y 30 DE CADA MES

\*\*\*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE PAYSANDU, 760

## CASA AMARILLA

### MUEBLERIA Y TAPICERIA

En su nuevo y amplio local  
presenta los últimos modelos

Dormitorios, Comedores, Salas, Escritorios,  
Vestíbulos, Muebles para campo,  
Estancias, Quintas.



EMBALAJE Y CONDUCCION  
Hasta la estación o punto de embarque  
GRATIS

G. M. CABALLERO

SORIANO, 929

MONTEVIDEO

TOMAR EL ACEITE DE  
HIGADO DE BACALAO  
ES UN PLACER  
GRACIAS A LA

## MORUBILINE

Producto premiado en las Exposiciones  
Internacionales de Medicina y Cirugía  
de París, Londres, Roma y San  
Francisco (Hors Concours).  
Elaborado únicamente  
en París.

Es por todos conceptos superior al  
aceite de hígado de bacalao.

- 1.º Gusto agradable, digestión fácil, siempre igual.
- 2.º Buen olor, máximun de acción con un mínun de volumen.
- 3.º Todas las cualidades del aceite de bacalao, sin ninguno de sus inconvenientes.
- 4.º El estómago lo asimila perfectamente.



GOTAS CONCENTRADAS Y GRADUADAS

### VINOS "LA BODEGUITA" \* ESPECIAL PARA FAMILIAS

DIACARINO & MARIE

PEÑAROL

PEDIDOS: TEL. URUG. 1132 PASO

### EDUARDO FERNANDEZ ETCHENIQUE

REMATES, COMPRA-VENTAS, HIPOTECAS, Y ASUNTOS JUDICIALES

Teléfono: URUGUAYA, 2602-Central

CALLE RIO NEGRO, 1518

### OFICINA TAQUI - DACTILOGRAFICA (Anexa al estudio de los Dres. Buero y Lezama Muñoz)

CALLE ZABALA, 1384

Directores: J. M. MARTINEZ ETCHEBARNE Y MARIO DUFORT Y ALVAREZ

## PROFESIONALES

JUAN DAQUÓ  
ESCRIBANO PÚBLICO

Tel. 3377 Central

ZABALA, 1425

CARLOS M. SARLABÓS  
CIRUJANO DENTISTA

Tel. 560 Central

IBICUY, 1293

FRANCISCO A. SCHINCA  
ABOGADO

Mudó su estudio a:  
MALDONADO, 1292

LINCOLN MACHADO RIBAS  
ABOGADO

Estudio: 18 de JULIO, 979

## EL FUROR DE LOS PIBES KANDY-POP

El Chupete Mágico  
CAMELO AMERICANO CON PALITO



0.02 cada uno

PARA CHUPAR TODO EL DIA

FORMA, ELABORACIÓN Y MÁQUINAS "PATENTADAS"

COLONIA 884  
MONTEVIDEO

En Venta en todas las Confiterías y Almacenes

## PARA NIÑOS Y NIÑAS de 2 a 80 años ¡¡¡ ALERTA-PIBES !!!

Ahora los ricos caramelos *Besos* se vende en  
bolsitas de CINCO cents conteniendo  $\frac{1}{8}$  una 8 caramelos  
**MADRES ATENCIÓN !!!**

vigilar las golosinas que comen vuestros hijos  
**ES UN DEBER**

los caramelos *Besos* son fabricados con esmerada higiene, con maquina  
patentada y sin contacto con las manos.

A BASE DE LECHE, CREMA, MANTEQUILLA Y AZUCAR AMERICANA





EN LAS MAS  
IMPORTANTES CAPI-  
TALES DEL MUNDO, EXIS-  
TEN SOCORSALES DE NUESTRA  
CASA QUE, POR TAL  
MOTIVO REALIZA LA MAS  
**COLOSAL EMPRESA** DE DIVI-  
SION INTELECTUAL DE  
NUESTROS TIEMPOS

**PALACIO**  
DEL  
**LIBRO**  
25 de Mayo 577